

CARLOS FORCADELL
MANUEL SUÁREZ CORTINA
(COORDS.)

LA RESTAURACIÓN Y LA REPÚBLICA 1874-1936

VOLUMEN III

MARCIAL PONS HISTORIA
PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
CARLOS FORCADELL Y MANUEL SUÁREZ CORTINA	
PRIMERA PARTE: LOS MARCOS DE REFERENCIA	
CATOLICISMO Y NACIÓN, 1875-1936	27
MANUEL SUÁREZ CORTINA (UNIVERSIDAD DE CANTABRIA)	
LOS MUCHOS EN LA POLÍTICA, 1876-1939	55
RAFAEL CRUZ (UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID)	
CUESTIÓN DE DIGNIDAD. GÉNERO, FEMINISMO Y CULTURAS POLÍTICAS.....	85
NEREA ARESTI (UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO)	
EL ESCENARIO DE LAS CULTURAS POLÍTICAS: RÉGIMEN DE PUBLICIDAD Y METÁFORAS DE LA OPINIÓN PÚBLICA	111
GONZALO CAPELLÁN DE MIGUEL (UNIVERSIDAD DE LA RIOJA)	
LA EDAD DE ORO LIBERAL: MEMORIA E HISTORIA DE LA <i>CULTURA NACIONAL ESPAÑOLA</i> (1875-1936)	141
IGNACIO PEIRÓ MARTÍN (UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)	
CULTURA NACIONAL Y NACIONALISMO ESPAÑOL	169
MARTA GARCÍA CARRIÓN (UNIVERSIDAD DE VALENCIA)	

**SEGUNDA PARTE:
LAS FAMILIAS POLÍTICAS**

EL MUNDO DE LOS LIBERALES MONÁRQUICOS: 1875-1931.....	201
MIGUEL MARTORELL LINARES (UNED)	
CULTURA REPUBLICANA	229
ÁNGEL DUARTE MONTSERRAT (UNIVERSITAT DE GIRONA)	
LA CULTURA POLÍTICA LIBERTARIA.....	255
ÁNGELES BARRIO ALONSO (UNIVERSIDAD DE CANTABRIA)	
CONSTITUCIÓN Y PRÁCTICA DE UNA CULTURA POLÍTICA SOCIALISTA: ENTRE LAS DOS ESPAÑAS REPUBLICANAS	285
CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ (UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)	
ENTRE EL INSURRECCIONALISMO Y EL POSIBILISMO: LAS CULTURAS POLÍTICAS DEL CATOLICISMO ESPAÑOL (1875-1936)	315
M.ª PILAR SALOMÓN CHÉLIZ (UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)	
LA MODERNIDAD RETORCIDA: RAÍCES Y ORIGEN DE LA CULTURA POLÍTICA FASCISTA.....	345
MIGUEL ÁNGEL RUÍZ CARNICER (UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)	
IDENTIDADES/CULTURAS POLÍTICAS DE REGIONALISMOS Y NACIONALISMOS SUBESTATALES (1875-1936).....	377
JUSTO BERAMENDI (UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)	
BIBLIOGRAFÍA.....	403
ÍNDICE ONOMÁSTICO	461

INTRODUCCIÓN

CARLOS FORCADELL

MANUEL SUÁREZ CORTINA

Establecidas las bases teóricas y los marcos de análisis del uso y aplicación del concepto de «cultura política» en los dos primeros volúmenes de esta *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, corresponde a este tercer tomo plantear las posibilidades de esta perspectiva de análisis al tiempo histórico de la *Restauración y Segunda República*, así definido desde las tradicionales categorías historiográficas de carácter político, comprendido entre la marginación de la expresión y presencia políticas de las clases populares y subalternas que las elites liberales conservadoras iniciaron en 1874, y el proyecto antiliberal y reaccionario de liquidación de la democracia republicana que dio lugar al comienzo de la guerra civil en 1936.

Se trata de dar cuenta de los procesos culturales y sociales de continuidad y cambio en el seno de una cultura nacional que hubo de enfrentarse y adaptarse, en sus diversas versiones y manifestaciones colectivas, y al igual que las culturas europeas de su época, a los vertiginosos cambios de las economías capitalistas euroatlánticas, a una continuada y profunda transformación del orden social y político, tan constantemente puestos en cuestión por nuevas demandas colectivas como defendidos o reformados por sus elites gestoras tradicionales del dinero y del poder, a los retos de la sociedad de masas, a la lucha por la conquista y extensión de los derechos ciudadanos más allá de los límites que establecían la clase, el género y la raza, al nacimiento de nuevos modos de comprender y explicar el mundo en sus múltiples acepciones: mundo material y físico, intelectual, moral, social, cultural, etc.

Se puede observar que la aplicación del concepto de «cultura política» en el presente volumen es plural y flexible. Los autores se han acomodado a aquella

formulación que más se adaptaba a su propia trayectoria académica y experiencia profesional, pero se deja percibir más visiblemente la influencia de una historiografía francesa que ha encontrado en la obra de Berstein (1997), Sirinelli (2001) y Cefaï (2001) sus referencias más firmes. Es común a todos ellos la insatisfacción por y el consiguiente rechazo a los planteamientos de la historia política tradicional, y el interés por los sistemas de representaciones culturales que presiden la acción humana, desde una mirada renovada de la lógica de la acción individual y colectiva que presta atención preferente a los símbolos, representaciones y marcos culturales, pero también propone indagaciones y cautelas en torno al alcance del concepto de cultura política y el sentido y limitaciones que este marco conceptual puede presentar, como nos recuerda Justo Beramendi en su texto sobre las identidades y culturas políticas de los regionalismos y nacionalismos subestatales.

Los historiadores españoles vienen ya desde hace tiempo reflejando los presupuestos de una historia cultural de lo social y lo político en sus interpretaciones y relatos del pasado, por lo que puede tener alguna utilidad proponer aquí una sistematización y una síntesis concebidas y planificadas desde esta perspectiva ya cultivada con cierta frecuencia y asiduidad, y muy particularmente para un periodo de la historia contemporánea de España que cubre el nacimiento y los orígenes de discursos, identidades, organizaciones y prácticas políticas como el socialismo, anarquismo, sindicalismo, el renovado republicanismo de masas, los nacionalismos vasco y catalán, comunismo, catolicismo social, nacionalcatolicismo, fascismo, etc. Y conviene recordar, e insistir aquí, que el de «cultura política» es, fundamentalmente y en origen, un concepto cuya aplicación permite conocer y explicar mejor la actuación de los agentes sociales colectivos en el escenario de la sociedad y de la política de su tiempo. No se trata tanto de definir, de modo más o menos canónico y cerrado, las características de la «cultura política» de sectores y actores diferentes y concurrentes —que, por otra parte, nunca se dan fijas en el tiempo, evolucionan y están en constante movilidad, se presentan en la realidad de los hechos como transversales, híbridas, fronterizas, interactivas y transnacionales— cuanto de contribuir desde esa categoría epistemológica a describir y comprender mejor los comportamientos colectivos y la acción social y política en general; es una herramienta de trabajo, una construcción del historiador, que permite comprender y explicar mejor los fundamentos reales de la acción política de los actores sociales, colectivos e individuales.

La observación histórica y sociológica nos enseña que muchos individuos actúan de forma coordinada y casi instintiva ante acontecimientos muy diver-

sos. En este sentido, la «cultura política» sería esa «rejilla de lectura común» (Berstein) que conlleva una lectura compartida del mundo, de la sociedad, del lugar que el hombre ocupa en ella, comprendería unas «tramas de significado» (Max Weber, C. Geertz) que explican a la vez las reacciones idénticas de un grupo numeroso de individuos y su permanencia en el tiempo. Se trata «de un fenómeno complejo en el que entran ideas o principios filosóficos, a menudo expresados en forma de vulgata, referencias históricas cargadas de sentido, un ideal social, concepciones sobre las instituciones, una visión de la organización de las sociedades, una reflexión sobre el mundo, etc.» (Berstein, 1997), elementos todos ellos que no permanecen fijos en el tiempo, sino que se adaptan a la evolución de la coyuntura, se dividen, se difuminan, se integran, se transforman o desaparecen. La acción social y política va ineludiblemente acompañada, y se encuentra sustentada, por una triple referencia al pasado, al presente y al futuro imaginado que propociona coherencia a los lenguajes, convicciones y prácticas colectivas; las «culturas políticas», en este sentido, tienen un componente que se refiere directamente a la interpretación del pasado; no hay cultura política sin la puesta en acción de esa alquimia que transforma los acontecimientos del pasado en armas del presente: en el terreno de la cultura política también el mito y la leyenda se convierten en realidad puesto que son ellos los que movilizan y determinan la acción política concreta, a la luz de las representaciones que proponen, del recurso a los símbolos y las emociones como estrategias para la acción que adquieren el sentido durante la interacción entre los agentes sociales, ordenan el mundo social, así como los estados perceptivos y emotivos previos a la acción. Las acciones simbólicas producen identidad social y política.

El giro conservador introducido por las elites liberales en la monarquía restaurada explica el despliegue de un discurso oficial, pero que incide en amplios sectores sociales, según el cual el hasta entonces «heroico pueblo» español sobre cuyos lomos habían cabalgado la revolución liberal y la victoria en las guerras civiles desaparece oportunamente del escenario, convertido, desde la política liberal conservadora constitucionalizada en 1876, en un «pueblo» desmovilizado, inactivo, pasivo e incapaz, transmutado pronto y crecientemente en «clases peligrosas», que lo eran tanto más cuanto mayor capacidad de autonomía política y organizativa y mayor ocupación del espacio público conseguían, o en «rebaños de bota y alpargata» (Costa) que el regeneracionismo finisecular pretendía tutelar o despertar. El final del ochocientos y el comienzo de los tiempos modernos del siglo XX constituyen un momento privilegiado para observar como el sistema político vigente desde hacía más de un cuarto

de siglo careció de la flexibilidad y de la voluntad de integrar de forma no subordinada las expresiones culturales y políticas de las clases populares y de las nuevas fuerzas sociales que surgían de las mismas.

De modo que irrumpen desde fuera del sistema político nuevos lenguajes de pueblo y de clase, nuevas prácticas políticas y nuevas organizaciones; desde finales de los años noventa «el turno del pueblo» cobija la definición más visible de diversos proyectos de movilización de las masas, los cuales van diferenciando sus bases sociales y sus culturas políticas, tanto como tienden a configurar proyectos y procesos de convergencia en un bloque popular interclasista antagónico del poder oligárquico y excluyente; la oferta es variada, desde el rejuvenecimiento del republicanismo y su creciente capacidad de movilización y de difusión de identidad a través de centros, casinos, símbolos y liturgias propias, manifestaciones y votos, al crecimiento, tan pausado como sólido, de las culturas obreras y de sus organizaciones, tanto políticas como sindicales, o la emergencia de identidades tan construidas y definidas como las de los nacionalistas vascos y catalanes junto con su primeras proyecciones políticas. En las primeras décadas del siglo XX se expanden velozmente los límites de la «opinión pública» y las diferentes «culturas políticas» desarrollan y amplifican simultáneamente sus capacidades de socialización, implantación y comunicación política y cultural, todo lo cual, en el liberalismo del XIX, quedaba restringido a varones capaces e instruidos. El espacio público es el escenario de la competencia entre intereses, discursos y lenguajes compartidos y nacionalizados, visiones del pasado y del futuro, prácticas sociales y comportamientos políticos, caracterizado el conjunto, a la altura de 1936, por su pluralidad, por las visibles permanencias, anclajes primordiales y constantes adaptaciones desde unos concretos orígenes históricos, culturales y políticos.

No cabe duda de que esta primera experiencia de aplicación del concepto de cultura política en la historiografía contemporaneísta española tiene aún por delante un amplio recorrido y que los textos aquí presentados están en su primera formulación, de modo que se presentan con la frescura y viveza de su propia génesis, así como con las «dependencias» teóricas de la cultura historiográfica francesa en la que de forma predominante se apoyan. ¿Quiere ello decir que la historiografía española está carente de teorización y de investigación original en el campo de las culturas políticas? Resulta indudable, como ya se apunta en la introducción general a la historia de las culturas políticas en España, que nuestra historiografía ha aterrizado algo tarde en el campo y que la reflexión teórica, cuando la ha habido, ha procedido del exterior del campo

histórico (sociología, politología), con distinta recepción en el territorio de los contemporaneístas. Esa falta de tradición es lo que ha fortalecido la dependencia de la producción exterior, de forma más directa, como se ha señalado, de Francia, pero también de la antropología cultural que desde Geertz (1975) penetró con fuerza en nuestra historia cultural, también de Chartier (1999), Hunt (1989) o Baker (2006), de un lado, así como Foucault, Bourdieu, cuando no Koselleck, Scott o Chambers.

Una lectura detallada de los textos que componen este volumen muestra, sin embargo, que es de la tradición francesa de donde más ha bebido la historiografía de las culturas políticas en España y que son Berstein y Sirinelli (2001) los autores citados con más frecuencia. De hecho, la concepción de este último de que una cultura política es una visión compartida del mundo, una lectura común del pasado y una proyección del futuro aparece reiteradamente en los marcos de referencia que nutren una parte significativa de los textos aquí recogidos.

La estructura interna del volumen contempla dos partes bien diferenciadas en su planteamiento, aunque el libro pretende presentar una unidad de conjunto, en el que las aportaciones de cada autor mantienen un diálogo tácito o implícito con otros capítulos del libro; es así entre los capítulos de Manuel Suárez Cortina y Pilar Salomón, entre los de Rafael Cruz y Gonzalo Capellán, o, finalmente, entre los de Ignacio Peiró y Marta García Carrión, por citar solo algunos. En la primera parte se han abordado *los marcos de referencia* de la cultura política en la sociedad española a caballo de los dos siglos, en el tránsito de una cultura política liberal, propia del siglo XIX, a la apertura a un conjunto de procesos y transformaciones generales que han dejado su huella en el campo de la política, la economía y las instituciones, generando un universo de experiencias compartido, de ruptura con el periodo precedente, y abierto a retos que medio siglo antes no operaban como marcadores: la sociedad de masas, la consolidación del feminismo, la democracia política, los partidos obreros, la emergencia de los totalitarismos, la génesis de los nacionalismos subestatales... De las distintas variantes que podrían ser recogidas, aquí se ha prestado atención a seis ámbitos: la relación entre catolicismo y nación, el despliegue de la sociedad de masas, las relaciones entre feminismo y culturas políticas, la ampliación del espacio público a través de la publicidad y la prensa, los vínculos entre experiencia histórica, memoria y cultura nacional, así como la relación entre cultura nacional y nacionalismo español.

La segunda parte, *los actores de la política*, se ocupa de los distintos proyectos y propuestas que concurrieron diferenciadamente en el espacio público de

la sociedad y del Estado de la España durante este periodo, a partir de intereses, experiencias, símbolos y representaciones elaborados y transmitidos como marcadores de identidad, en abierta competición por la adhesión individual o de grupo y la conquista de la esfera pública y del poder político. Se han recogido aquí las más significativas de estas «identidades» político-culturales, aunque podría haberse ampliado el elenco seleccionado: la cultura política de los liberales monárquicos, de los republicanos, las culturas obreras, libertaria y socialista, la tensión entre posibilismo e insurreccionalismo del catolicismo de entre siglos, las raíces y origen de una cultura fascista y, para terminar, las específicas y transversales identidades y culturas de los regionalismos y nacionalismos subestatales. El resultado, como podrá ver el lector, es un conjunto de trece capítulos, que nos proporciona un mosaico suficientemente representativo, aun incompleto, de las culturas políticas en la España que va desde el final del Sexenio Democrático a la Guerra Civil, un periodo de cambios y nuevos proyectos políticos, tan profundos como múltiples y plurales, en Europa y España, pero de especial relieve entre nosotros, muy especialmente si se contemplan desde el horizonte de 1936.

LOS MARCOS DE REFERENCIA

En el capítulo primero, «Catolicismo y nación, 1875-1936», Manuel Suárez Cortina (Universidad de Cantabria) presta atención a la relación que se da entre modernidad, nación y religión en la España de entre siglos. Es indudable, entre nosotros, el peso de religión como «código interpretativo» de la realidad social, política e individual. La religión y lo religioso distan mucho de haberse constituido como un fenómeno pasajero y necesariamente declinante en las secularizadas sociedades contemporáneas. No es la suya una mirada sobre la evolución de esas relaciones, sino una caracterización de conjunto que el autor ha abordado a través de dos marcos; de un lado, el de la relación entre religión (catolicismo), modernidad (secularización) y nación (España); y de otro lado, el de la pluralidad de propuestas que del mismo catolicismo extrajeron la sociedad española. Queda claro en su texto que el catolicismo constituyó un elemento central en la propia construcción identitaria nacional española, pero no menos que la lectura intransigente e intolerante de un sector de ese mismo catolicismo, dificultó la construcción de una cultura política católica plural y, por derivación, las enormes dificultades que diversos sectores del catolicismo —o de religiosidades periféricas como el krausismo— tuvieron para aceptar la cultura católica como eje y sostén de la identidad española.

En el capítulo segundo, «Los muchos en la política, 1876-1939», Rafael Cruz (Universidad Complutense de Madrid) hace un repaso de las peculiaridades que presenta la emergencia de la multitud en la vida social, los cambios conceptuales, la sensibilidad y reacción de una cultura liberal de raíz individualista que no entiende ni acepta el nuevo orden social que se impone desde el fin de siglo: la sociedad de las masas. La democracia era una consecuencia necesaria del protagonismo de las masas y de las diversas representaciones discursivas y prácticas políticas que las reclamaban. Todos quieren movilizar y persuadir a las masas, católicas, republicanas, socialistas, y los partidos políticos se construyen como organizaciones de masas. Las masas votaban, se manifestaban, se entusiasmaban y se emocionaban, y ellas eran el destinatario de las variadas ofertas de discursos, culturas políticas, símbolos identitarios... El autor nos ofrece un repaso por la literatura científica, el ensayo filosófico o jurídico, la creación literaria y la antropología y psicología social, que, desde sus bases positivistas, trataron de dar forma y vislumbrar el sentido del nuevo orden cultural que ponía en cuestión los marcos jurídicos, políticos y culturales de la sociedad liberal. Individuo y comunidad, minorías conscientes y mayorías inconscientes, analfabetismo e intelectualidad, elites y masas..., se presentan como realidades de un nuevo marco de referencias sociales y culturales que descomponen el viejo universo de la «república de las letras» y acometen la gestación de un nuevo orden social y cultural.

El capítulo tercero, «Cuestión de dignidad. Género, feminismo y culturas políticas», cuya autora es Nerea Aresti (Universidad del País Vasco), se ocupa de mostrar cómo en todas las culturas políticas de la España de la Restauración y la República se albergaron visiones de género y de la diferencia sexual que se convirtieron en elementos constitutivos de su discurso y práctica social. Conformada toda sociedad sobre relaciones de género, entendidas como relaciones de poder masculino, se trata de analizar los intentos y proyectos de renegociarlas o transformarlas desde las distintas culturas políticas. Aresti, en primer término, nos señala las líneas directrices y los marcos de referencia en el que encuentra sentido y espacio social y político el feminismo: la experiencia de las relaciones entre sexos como desiguales y opresivas, así como la apelación al lenguaje de los derechos universales e imprescriptibles, son las matrices que nutren la acción feminista desde las diferentes concepciones y prácticas políticas. La crítica feminista no conoció un único registro, sino que fue reelaborada desde supuestos teóricos y culturales múltiples. Para ilustrar su tesis nos ofrece una caracterización de cómo podemos encontrar planteamientos y discursos de carácter feminista entre católicos, liberales y socialistas. Tres campos

de cultura y tres estrategias que se corresponden con «otras tantas vías de construcción de una dignidad arrebatada»: la dignidad de origen divino, la dignidad femenina y la dignidad ciudadana.

El capítulo cuarto, «El escenario de las culturas políticas: Régimen de publicidad y metáforas de la opinión pública», de Gonzalo Capellán de Miguel (Universidad de La Rioja), estudia el papel del espacio público, los regímenes de publicidad y las metáforas diversas que han caracterizado la política en la sociedad de las masas: gobiernos de opinión, opinión pública, tribunal de la opinión, o cuarto poder, emergen en el escenario de fin de siglo como un ingrediente imprescindible de la cultura política, más allá de ideologías, estrategias de partido o grupo. El universo de la política no puede en ningún caso prescindir del régimen de publicidad y ha de someterse de forma directa e indirecta al tribunal de la opinión, «con luz y taquígrafos», mostrando una continuidad que va desde el Gobierno y el Parlamento a la prensa y al ciudadano/lector/opinante, generando un espacio público de nuevo cuño. La política adquiere, pues, nuevos fundamentos de legitimidad: la formación de gobiernos de opinión. Ese ensanchamiento del orden político hace que se bascule la política a espacios más amplios que alcanzan todos los órdenes: la Iglesia, las corporaciones, los partidos, el Gobierno, la prensa..., todos están en el nuevo marco bajo la mirada y espejo de la opinión. De ese nuevo orden se desprende el papel de los medios de comunicación, su capacidad para informar/concienciar/determinar en la medida de sus recursos la opinión de los ciudadanos: estamos, pues, en el imperio de la opinión pública.

En el capítulo quinto, «La edad de oro liberal: memoria e historia de la *cultura nacional española* (1875-1936)», Ignacio Peiró Martín (Universidad de Zaragoza) nos acerca a la realidad de una cultura escindida desde los años veinte y treinta y cuyo resultado habría de ser la ruptura traumática de la guerra con su derivado: el destierro y exilio de una parte de la llamada cultura nacional. Desde la Restauración que da inicio a nuestro periodo se desplegó una cultura nacional común y compartida, también plural, hasta la ruptura de la Guerra Civil. La mirada de Peiró se asienta sobre los fundamentos de esa cultura liberal decimonónica que encuentra su techo y fisura en la revisión de que es objeto desde la década de los veinte; su reflexión muestra los marcos divergentes de dos tradiciones culturales, ambas nacionales españolas, que expresan en el mejor de los casos la polaridad que esta, la cultura liberal, tuvo en el tránsito a la modernidad. El ensayo ilustra los diversos registros de esa cultura española plural, los mecanismos de inclusión/exclusión y la experiencia de una cultura española transterrada, en expresión de José Gaos. La confrontación entre la

«cultura nacional» y la «cultura de la nación» muestra bien la relación compleja y traumática de esa otra cultura nacional que tuvo que encontrar acomodo en el exilio.

El capítulo sexto, «Cultura nacional y nacionalismo español», de Marta García Carrión (Universidad de Valencia), hace hincapié en el hecho de que las naciones como tales son construcciones culturales y políticas transversales a las culturas políticas. Este es el periodo clave para los procesos de nacionalización, ahora de masas, así en Europa como en España, en el que el Estado-nación es el principal escenario de la competencia entre culturas y proyectos políticos, con el objetivo de estar presente, apoderarse del mismo o determinarlo. La Nación es el marco identitario ineludible, dado, previo para la creciente politización de las masas. El ensayo nos muestra que los procesos de construcción nacional siempre se caracterizan por el conflicto, la multiplicidad y la contradicción. No cabe, pues, establecer un camino unidireccional a esa compleja tarea de construir naciones. García Carrión hace un repaso de los procesos, instrumentos y lenguajes que ha desarrollado la cultura española en su intento por construir nación: miradas historicistas, homogeneización lingüística, articulaciones institucionales, sistema educativo; la diversidad de concepciones del Estado y de la nación muestra un caleidoscopio de recursos y de usos que ponen de manifiesto, una vez más, la compleja relación entre nacionalismo español y la definición de una cultura nacional que dé satisfacción y justicia a la gran diversidad cultural, lingüística y política de la España de entre siglos. En su repaso por los recursos culturales disponibles: música, literatura, folclore, cine, por la dualidad y singular relación entre culturas de elites y cultura popular..., se observa tanto la existencia y uso de los recursos culturales disponibles como la dificultad de que fueran asimilados como expresión de la «cultura nacional» por el conjunto de la sociedad. Como en el orden de la política, la aparición y construcción de culturas «nacionales» alternativas se presenta como un hándicap para el establecimiento consensuado de una cultura nacional española.

LOS ACTORES DE LA POLÍTICA

Si la primera parte trata de establecer los marcos generales de las culturas políticas en España, la segunda hace hincapié en los modos particulares en que cada proyecto político elaboró los ingredientes de su particular cultura política, entendida como una forma de comprender el mundo y situarse en la sociedad previa a las creencias y prácticas políticas. Se recogen aquí los proyectos

liberal, republicano, anarquista, socialista, católico, fascista, y aquel otro que desarrollaron desde finales del siglo XIX los regionalismos y nacionalismos subestatales.

El capítulo siete, «El mundo de los liberales monárquicos, 1875-1931», a cargo de Miguel Martorell (UNED), nos ofrece una síntesis de la cultura política del liberalismo español y de sus transformaciones a lo largo de más de medio siglo, mostrando como su universo mental, referencias morales y pragmatismo político de los gestores del sistema político se asentaban sobre una determinada concepción de la política. Fue el suyo un espacio amplio, compartido por una parte considerable de las fuerzas que apoyaron la monarquía de Alfonso XII y Alfonso XIII, en el que se ubicaron sobre algunos ejes fundamentales: la cultura del pacto, el alejamiento elitista de la población general del país, la adhesión personal y la convergencia sobre la base del régimen monárquico y la religión. Su pesimismo tradicional sobre la capacidad de los electores fue sustituido por el temor a alguna eventual «rebelión de las masas» desde 1917. El resultado es que conformaron una elite social y política que, habiendo superado el exclusivismo de partido de la época isabelina, logró dar cierta estabilidad al sistema político, en un marco de amplia atonía política del conjunto social, pero no menos de clientelismo y adhesión personal que se mostraba, en su conjunto, como fuertemente antidemocrático, a pesar de las nuevas políticas sociales y educativas que establecieron en las primeras décadas del siglo XX.

El capítulo ocho, «Cultura republicana», de Ángel Duarte Montserrat (Universitat de Girona), pone de manifiesto lo que de semejante y de diferente caracteriza la cultura republicana en la España en el tiempo transcurrido, precisamente, entre la Primera y la Segunda República. Si encontramos en el monarquismo liberal clientelismo, distancia del pueblo, pacto, pragmatismo político, catolicismo..., la cultura republicana se presenta como la expresión de un humanitarismo que estaría en la base de la democracia, el librepensamiento, la libertad y filantropía, el cosmopolitismo, el pacifismo... Un conjunto de valores que los republicanos españoles trasladaron a sus discursos y manifestaciones culturales, pero que no siempre lograron imbuir con la suficiente fuerza en el pueblo del que decían provenir y al que dirigieron su discurso. La cultura derrotada de 1873 supo y pudo mantener y reforzar sus materiales culturales y políticos: ciudadanía participativa, secularización del espacio público, discurso de democracia, descentralización administrativa, reforma social, y siempre se caracterizó por su proximidad a las demandas e intereses de las clases populares, del «pueblo». Como muestra Duarte, la cultura republicana fue diversa, proveniente en cualquier caso de una larga experiencia colectiva que se reconocía

como una «contracultura» del monarquismo dinástico. Disponía de un diagnóstico de los males de la nación, un panteón de héroes y mártires, una filosofía política asentada sobre el reconocimiento y defensa de los derechos de los ciudadanos, una cosmogonía racionalista e ilustrada y unos espacios y referentes simbólicos que, pese a su diversidad, acertaban a representar en su conjunto una identidad republicana bien definida y con recursos suficientes para su mantenimiento y para su transmisión a través del tiempo. Una auténtica «fe republicana» se reproducía a través de centros de socialización, casinos y ateneos, en los que se practicaba una cuidadosa e intensa elaboración de prácticas culturales que configuraban un específico *ethos* generador de conductas y de modos de vida en el espacio público y en el privado. Aunque se presentaba, en su conjunto, como una cultura alternativa y opuesta a la de los monárquicos liberales, la cultura republicana, en su misma diversidad, contuvo ingredientes propios de la democracia liberal, pero también de una cultura popular y obrera que mostraba, a menudo, no pocas afinidades con las culturas anarquista y socialista. Es un caso particularmente visible de una cultura compartida que ocupaba un espacio mucho más amplio que el de los partidos políticos que se reclamaban de ella.

En el capítulo nueve, «La cultura política libertaria», Ángeles Barrio Alonso (Universidad de Cantabria) explica la caracterización del anarquismo como una cultura política liberal por genealogía, no monista, ni unívoca, sino híbrida y versátil, una especie de «ecumenismo» de ideas anti-autoritarias, producto de combinaciones múltiples con sus culturas políticas «vecinas», las del republicanismo y el obrerismo, y, muy especialmente, con la de los federales de Pi y Margall, con los que comparte muchos de sus valores. En su recorrido por las cosmovisiones de los teóricos anarquistas, por sus discursos «movedizos» y sometidos a constantes reinterpretaciones, por sus lenguajes subversivos y de contestación —la cultura política anarquista resulta contra-liberal al impugnar las instituciones y la «respectabilidad» liberal—, y por los valores, tanto los propios como los que toma prestados, que inspiran su praxis, la autora pone énfasis en los elementos que, pese a las transferencias «culturales», determinan en el anarquismo una permanente confrontación, no solo con los republicanos y los socialistas, con los que tiene dificultades para aliarse, sino también interior, que le da un carácter bifronte y que no le permite evitar la polarización interna entre el anarquismo doctrinario de los anarquistas puros e intransigentes que alimenta un activismo revolucionario de movilización espontánea, que desconfiaba de las masas, y el posibilista, societario y moderado de los anarco-sindicalistas, que, sin dejar de invocar permanentemente la revolución, están dispuestos a aplazarla hasta que sea viable.

El capítulo diez, «Constitución y práctica de una cultura política socialista: entre las dos Españas republicanas», a cargo de Carlos Forcadell (Universidad de Zaragoza), analiza en primer lugar la genealogía de una cultura socialista que comparte tanto el nacimiento como su desarrollo y componentes fundamentales en el marco de un proceso europeo común y simultáneo, pautado diferencialmente desde las distintas identidades y culturas nacionales; la «clase obrera» es el sujeto histórico fundamental desde el que se construye la organización y la acción política. La autonomía de la «cultura socialista» ha de ser construida desde un principio contra el republicanismo y el anarquismo, desde unas trincheras defensivas que en los inicios necesitan dotarse de claros marcadores de diferencia, el primero de los cuales es la convicción de que la clase trabajadora tiene unos intereses diferenciados que debe organizar en forma de partido político con el objetivo de alcanzar el poder y llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. El trayecto histórico del socialismo en España es un buen observatorio para ver cómo se hacen compatibles la permanencia de unos marcadores culturales bien definidos desde los orígenes con su constante recreación, reformulación, adaptación y transformación a nuevas realidades y coyunturas políticas. Símbolos, prácticas rituales, el culto al líder, la ritualización del tiempo (1.º de mayo) y del espacio (Casa del Pueblo), calendarios, catecismos, políticas de la memoria, etc., son códigos propios de afirmación de identidad de los socialistas que se difunden y refuerzan desde 1910-1920. En este sentido, la atención a los lenguajes y a la evolución semántica de los conceptos es una buena pista para describir procesos de cambio y adaptación como los que desplegó la cultura socialista para pasar del aislamiento inicial a la integración política, desde los primeros años del siglo XX, para transitar de la insignificancia y marginación iniciales a la presencia en las instituciones y en el gobierno de la República.

En el capítulo once, «Entre el insurreccionalismo y el posibilismo: las culturas políticas del catolicismo español (1875-1936)», María Pilar Salomón Chéliz (Universidad de Zaragoza) reconstruye los marcos de referencia en que se desenvuelve la cultura política de los católicos españoles. En diálogo indirecto con los ensayos de Manuel Suárez Cortina y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, establece el campo de una cultura política católica «escindida» en dos universos de difícil diálogo: el de la intransigencia y el del posibilismo. Esa realidad dominante de encontrarnos con un catolicismo dividido ante la vida y valores de la política —que no de la religión— lleva a Salomón Chéliz a interrogarse sobre la pertinencia de establecer la existencia de, al menos, dos culturas políticas católicas diferentes: la tradicionalista, de fuertes componentes antiliberales, contrarre-

volucionaria, católica integrista, de defensa de los fueros y con renovado ímpetu para establecer nuevos repertorios de movilización popular, apelando cuando se consideraba necesario a la violencia; y aquella otra, de fuerte componente posibilista, que, no menos antiliberal y católica en sus fundamentos doctrinales, desarrolló procesos y mecanismos de adaptación para sumarse como un apoyo fundamental al orden liberal conservador y burgués de la España de entre siglos. Una y otra compartieron la idea de que España como tal nación se había articulado a partir de la religión católica. Crearon con ello un conjunto de símbolos, prácticas sociales e instrumentos de incorporación a su campo que alcanzó desde círculos católicos a sindicatos, ligas católicas, prensa confesional, pero que, sin embargo, fue incapaz de generar un partido católico a imagen y semejanza del desarrollado por la Iglesia en otros países. En los años de la Segunda República, en el marco de cierta hegemonía política de una cultura republicana laica y militante, el catolicismo volvió a mostrar esa división que, con el tiempo derivó mayoritariamente hacia la intransigencia que estuvo detrás de la sublevación militar de julio y de su consideración eclesiástica oficial como «Cruzada de Liberación». A esta altura la cultura política de la derecha insurreccional podía estar fragmentada en diversos proyectos, pero el catolicismo tenía su papel relevante en todos ellos.

Miguel Ángel Ruiz Carnicer (Universidad de Zaragoza) muestra en el capítulo doce, «La modernidad retorcida: raíces y origen de la cultura política fascista», el carácter híbrido que el fascismo español presenta entre sus componentes modernizadores y los tradicionales. Se plantea, en primer término, el carácter del fascismo como cultura de la modernidad, en un tiempo que se asocia a la cultura de masas, a la amenaza de la revolución, a una realidad que se ubica en el tránsito de la vieja sociedad liberal burguesa, con muchas pervivencias aristocráticas, a un nuevo orden social contemporáneo. La experiencia española se ubica entre los nuevos retos de modernidad y un apego a las realidades de una cultura nacional imbuida de elementos tradicionales. El objetivo del autor es, precisamente, el de enfocar la aparición del fenómeno fascista en España desde la perspectiva de que constituye una cultura política específica para cuya realización encuentra dos dificultades: la primera es que, como toda cultura, la fascista se configura con fragmentos de culturas preexistentes, en este caso con recepción de la católica o la conservadora; de otra parte, deriva de que el fascismo como proyecto político y como cultura tiene sobre sí la larga sombra de la dictadura franquista. Desde estos condicionantes de partida se nos propone la realidad de una cultura «híbrida» en la que la movilización de masas, la atracción de la juventud, el discurso regenerador y el hispanismo se

presentan como referentes del universo cultural de fascismo español. Su génesis y desarrollo se ubican en la concepción de un tránsito truncado hacia la modernidad que se localizaría en la España de las primeras décadas del siglo XX.

Por último, en el capítulo trece, «Identidades/culturas políticas de regionalismos y nacionalismos subestatales (1875-1936)», Justo Beramendi (Universidad de Santiago de Compostela) aborda la doble cuestión de la delimitación conceptual y política de las culturas políticas, sus nexos y diferencias con las identidades e ideologías, así como su recepción en el marco de las identidades de los regionalismos y nacionalismos subestatales: catalán, vasco y gallego. En primer término, Beramendi desarrolla un conjunto de precisiones en torno al concepto de cultura política y sus vínculos con los sistemas ideológicos y las identidades políticas. Distingue cuatro clases de ideosistemas políticos en función de tres parámetros: grado de sistematicidad, coherencias lógicas y teoriedad del ideosistema; ordena estas cuatro clases en teorías, ideologías, identidades y culturas políticas. Estas últimas, según ese esquema, solo se dan cuando hay un amplio consenso de aceptación de un determinado sistema político. Se presentan como conjuntos de ideas, valores y pautas de conducta afines a la naturaleza de ese sistema que constituye el territorio de convergencia de las identidades e ideologías fundamentales de una sociedad determinada. Desde este planteamiento, para el autor, no existe en España una cultura política propiamente dicha hasta la transición democrática de los años setenta del siglo XX. Dicho esto, Beramendi aborda las culturas/identidades políticas de los regionalismos y nacionalismos catalán, vasco y gallego, mostrando de una forma analítica y sintética los rasgos comunes y los específicos de cada una de esas culturas/identidades subestatales. Da cuenta de la génesis y características de las identidades regionalistas en el siglo XIX y de su conversión en nacionalismos subestatales en las primeras décadas del siglo XX. Finalmente, establece algunas conclusiones desde la comparación entre los tres movimientos, mostrando la similitud de la estructura interna y los tipos de ideas que conforman, al tiempo que resalta las diferencias que se ponen de manifiesto en su capacidad para establecer una amplia base social. Frente a los casos catalán y vasco, la experiencia del regionalismo/nacionalismo gallego denota tanto la fragilidad de su asentamiento entre grupos e instituciones con poder económico e ideológico como su rechazo de la violencia política en la teoría y en la práctica.

Los textos que componen este volumen tuvieron la oportunidad de ser presentados y discutidos colectivamente por sus autores en un curso sobre «Las culturas políticas en la España de la Restauración y la II República (1874-1936)», organizado en Zaragoza por la Institución Fernando el Católico y la «Red temá-

tica de historia de las culturas políticas y de las identidades contemporáneas», el cual albergó la concepción y discusión del conjunto de esta obra, y fue dirigido por los coeditores de este tercer volumen. Esperamos que este esfuerzo colectivo contribuya a la clarificación de un concepto, el de «cultura política», suficientemente acreditado en la historiografía actual, y que su aplicación en este periodo aporte explicaciones sobre la génesis, configuración y descripción de las culturas políticas operativas en el lenguaje, representaciones y acción pública de los ciudadanos a lo largo de una etapa de nuestra historia tan central y significativa como la que discurre entre la Restauración monárquica de 1874 y el final de la legalidad republicana en 1936.